



# EL MEJOR PEOR MOMENTO DE MI VIDA

O CÓMO NO RENDIRSE  
ANTE UNA MALA  
JUGADA DEL DESTINO

NACHO MIRÁS FOLE

PRÓLOGO DE MANUEL JABOIS

Nacho Mirás Fole

# **El mejor peor momento de mi vida**

o cómo no rendirse ante una mala  
jugada del destino



**PAIDÓS**

Barcelona  
Buenos Aires  
México

*1ª edición, septiembre 2014*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2014 Ignacio Mirás Fole

© Ilustración y diseño de cubierta: VIBA

© 2014 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-3048-3

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B-14.954-2014

Impresión y encuadernación: Liverdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

## Sumario

<i>Prólogo</i> , por Manuel Jabois .....	11
<i>Prefacio</i> , por Beatriz Rodríguez Salas .....	15
<i>A quien corresponda</i> .....	17
4 de noviembre. Los días tristes .....	19
6 de noviembre. El Magnetom .....	23
12 de noviembre. Inquilino de renta antigua. Esto es lo que hay .	27
20 de noviembre. El valiente acojonado .....	29
22 de noviembre. La memoria y la soledad acompañada .....	32
25 de noviembre. Dios no es de letras.....	34
27 de noviembre. Daños colaterales de un tumor cerebral .....	36
28 de noviembre. Carta del maestro Alvite. La grava de un sombrero.....	39
5 de diciembre. Sol del Raval. Huyendo por Barcelona .....	40
9 de diciembre. Querido comisario Maigret .....	43
11 de diciembre. Hasta la vuelta, primos.....	46
16 de diciembre. El tiempo entre suturas. He vuelto .....	47
17 de diciembre. El seguro de decesos .....	49
19 de diciembre. Mi vida en una palangana .....	51
20 de diciembre. Las drogas baratas ni son drogas ni son nada	53
25 de diciembre. La Navidad más rara de mi vida.....	54
1 de enero. Me marchó a las Cruzadas. Tengo cáncer .....	57

3 de enero. El archivo secreto .....	61
9 de enero. Tragicomedia en color .....	65
13 de enero. El increíble hombre menguante contra el cáncer	68
17 de enero. Esto no es un simulacro.....	71
20 de enero. Física y química .....	72
21 de enero. Más radiactivo que ayer.....	75
22 de enero. Por delante y por detrás .....	77
24 de enero. Remedios caseros .....	79
25 de enero. Sobrevivir al sistema .....	81
26 de enero. Suplemento del domingo. Dos rombos .....	84
27 de enero. Al enemigo, ni agua.....	85
28 de enero. Día completo, día Comansi .....	88
29 de enero. Carta a Henning Mankell .....	91
31 de enero. Travolta y yo. Ficción vs. realidad.....	94
1 de febrero. A descansar .....	97
2 de febrero. Dios toca de oído. Suplemento dominical .....	99
3 de febrero. De la muerte y de la vida.....	103
5 de febrero. Ciclogénesis, saliva y polvos .....	106
6 de febrero. <i>Burrocracia</i> semanal en la era espacial .....	107
7 de febrero. Simulación de la vida .....	110
9 de febrero. Qué bueno que viniste .....	112
10 de febrero. Minutos musicales .....	116
10 de febrero. Los orígenes. Dame veneno.....	117
11 de febrero. Y yo con estos pelos.....	120
13 de febrero. El mejor peor momento de mi vida .....	121
14 de febrero. Gente preciosa y un sueño cumplido.....	124
15 de febrero. Humor negro y notas compostelanas.....	127
17 de febrero. Llévame, Moraima.....	128
18 de febrero. Todo cambia.....	130
19 de febrero. Noticias del maestro Alvite.....	132
20 de febrero. Que no sea un jueves cualquiera.....	135
21 de febrero. A una semana de la condicional .....	137
23 de febrero. Regreso al futuro .....	138
25 de febrero. <i>Droja</i> en el Cola Cao, <i>and I feel fine</i> .....	138

26 de febrero. Un martes más, un miércoles menos. Una de curas	141
27 de febrero. Entre dos mundos, entre dos aguas.	
En la muerte de Paco de Lucía.....	147
28 de febrero. No se vayan todavía, aún hay más .....	152
2 de marzo. El quiosco sigue abierto .....	154
3 de marzo. Robocop, Ons, licor café y Andrés do Barro ....	155
4 de marzo. Los niños y la enfermedad de papá.	
Lunes de Carnaval.....	159
6 de marzo. Embarque y desembarco. Hasta la vuelta.....	165
9 de marzo. Notas necrológicas. Suplemento dominical .....	166
11 de marzo. En la muerte de Javier Álvarez-Santullano, amigo	172
13 de marzo. Regreso a 1992 por mil pesetas.....	175
17 de marzo. Resiliencia .....	179
18 de marzo. Viaje en torno de mi cráneo y otros. Rock duro	183
20 de marzo. Acojone semestral. Hoy toca.....	186
20 de marzo. Rabudo, 2; Casiano, 0 .....	191
24 de marzo. La muerte siempre puede esperar.....	191
26 de marzo. Superhéroe achatarrado.....	195
27 de marzo. Bola extra en morse.....	196
30 de marzo. <i>No news, good news</i> .....	199
3 de abril. Podemos ser héroes, aunque sea por un día.....	204
4 de abril. ¿Quién es el incapacitado?.....	207
6 de abril. Seis meses desde que todo cambió	
(y suplemento dominical) .....	209
10 de abril. Yo, pecador, me confieso, con intención	
de reincidir .....	210
16 de abril. De cuerpo presente .....	212
21 de abril. Flojera en las bisagras y burocracia franquista....	215
28 de abril. Pensando en los hijos de Tito Vilanova.....	220
29 de abril. Cualquier noche puede salir el sol .....	222
5 de mayo. En la muerte de Chema Veloso, compañero .....	227
12 de mayo. Quimio, quimio, <i>assim você me mata</i> ... ..	230
<i>Epílogo.</i> 15 de mayo.....	237

#### **4 de noviembre. Los días tristes**

Algo me cambió en la cabeza y, por extensión, en la vida, la mañana del 6 de octubre de 2013. Aquel domingo, mi padre tuvo que separarme la mandíbula con una cuchara mientras mi madre escondía a los niños en el salón para que no vieran cómo me tragaba, en horario infantil, mi propia lengua. Y mi mujer asistió atónita a la posesión infernal del padre de sus hijos mientras buscaba el aplomo y el teléfono para pedirle socorro al 061. No fue nada agradable.

¿Cómo he llegado a esto? Desperté sin pantalones en una ambulancia medicalizada, que es como una caravana, pero acabada en acero inoxidable y llena de gente y de tubos. En ese vehículo salí de una época y entré en otra, en la de los días tristes, en la que vivo instalado ahora. Espero que de manera provisional y como purgatorio de un tiempo mejor. Quiero creerlo. Sí, la Iglesia ha eliminado el purgatorio, pero a mí no me viene bien.

—¿Sabe qué le ha pasado?

—Ni idea, ¿dónde están mis pantalones?

—Ha sufrido un colapso. Va en una ambulancia. No se preocupe por los pantalones, que estamos en confianza.

—Eso lo dice usted, pero yo no tengo pantalones, y aunque no

deja de ser excitante, no me parece muy adecuado que estemos hablando usted y yo así, en un vehículo público...

Justo al terminar este diálogo no resuelto en la caravana de acero inoxidable me desmayé de nuevo. Y regresé a la vida consciente en el box de Urgencias, vestido con uno de esos camisones de cintas que exhiben tu culo a la plantilla completa del Servizo Galego de Saúde (Sergas) y a todos sus médicos internos residentes. Casi un mes después de aquello sigo con fuertes dolores por todo el cuerpo, el rastro de unas convulsiones que, por lo visto —yo recuerdo el episodio por lo que me contaron— tenían la potencia suficiente como para alumbrar, convenientemente conectado yo a la red, un chalé unifamiliar.

«Va a tener que tomárselo con calma», me dijo en Urgencias el doctor Campos, de cuyo nombre ya sí me acuerdo porque después del apagón se me fueron encendiendo los plomos por fases. Campos, además, no deja de ser mi cuarto apellido, el segundo de mi madre. «Y se lo digo en serio, con calma es con calma», añadió el doctor en tono de ultimátum. Lo interpreté como «o paras, o te paran, mamón».

En pleno cortocircuito mental me golpeé con la cabeza en varias esquinas del cuarto de baño —que fue el sitio nada romántico donde colapsé—, me destrocé algunos músculos de la zona lumbar y me mordí la lengua como si no fuera mía. Y ahora, dolorido por esta putada que me tenía preparada la vida, comienzo a pensar con la claridad suficiente como para buscar causas y exigir responsabilidades, empezando por mí mismo. Porque yo tengo la culpa de ser como soy, pero no he caminado solo hasta aquí, de eso estoy completamente seguro.

Soy culpable de tomarme las cosas a pecho. El responsable último de tratar de hacer mi trabajo lo mejor posible y de ser un buen padre para mis hijos. ¿Intenso? Puede. ¿Preocupado de más? Seguramente. Son características, en todo caso, difíciles de compatibilizar en esta tesitura y en este contexto absurdo en que viajamos, a toda pastilla, camino del nicho final. Conciliar es un verbo que sólo se usa, si acaso, en reuniones del Vaticano; a mí me viene grande. Yo me hice periodista para contar historias, no para convulsionar en el



váter pequeño un domingo por la mañana. En todo caso, para contar los jamacucos de los demás, no el mío propio.

Descartada la epilepsia y *electroencefalografiados* el estrés y la tensión como origen de todo, pendientes todavía de que me introduzcan la cabeza en ese imán gigante que tienen en el hospital, el cortocircuito me ha dejado unas secuelas extrañas a las que me cuesta acostumbrarme. Todo el mundo ha tenido alguna vez un [http://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%A9j%C3%A0\\_vu](http://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%A9j%C3%A0_vu) <[http://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%A9j%C3%A0\\_vu](http://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%A9j%C3%A0_vu)> *déjà vu*, esa sensación de que ya has vivido algo cuando sabes de sobra que no es así.

Yo sólo creo en los viajes del tiempo cuando los protagonizamos Marty McFly o yo <http://labuenaprensa.blogspot.com.es/2013/06/una-hemeroteca-distinta.html> en las páginas que escribo los domingos, ficción deseable y entretenida en ambos casos, pero ficción. El *déjà vu* dura poquito, pero es intenso. Cuando ocurre jurarías que ya has estado allí, que ya has escuchado esa voz, que has visto esa luz... Pues ahora multiplicad esa sensación por cincuenta en intensidad y haced que aparezca unas cinco veces al día y no unos instantes, sino larguísimos segundos. Esa sobrecarga la tuve en la cabeza la primera semana después del achuchón, día sí, día también. Y tan profundos eran los falsos recuerdos que en alguna ocasión estuve a punto de desmayarme, convencido de que estaba repitiendo la vida.

Me dijeron que no es nada extraño, que las conexiones neuronales se resitúan y pueden pasar estas cosas. A fin de cuentas, somos química y corriente, bien lo sabía Víctor Frankenstein, que conectó unos despojos a un pararrayos y alumbró a un fulano con acabado en punto de cruz. A mí no me salió el día que le metí los nueve voltios de una pila del mando de mi coche teledirigido a una lagartija muerta, seguro que algo hice mal.

El caso es que podría haber sido peor: hay quien tiene visiones después de un colapso como el mío. He leído que todo eso de los aparecidos y las santas compañías está más cerca de la epilepsia y de las afecciones de la amígdala —también de la sugestión y del engaño— que del más allá. Por suerte, yo no he visto a nadie que no estuviera, cosa que le agradezco a mi materia gris, porque eso me ha-

bría generado una población flotante añadida que no sé si podría soportar en este momento. Claro que, bien pensado, viviendo en pleno Camino de Santiago, lo mismo podría haber montado un santuario mariano en el trastero y cobrar la voluntad. Pero no, la Virgen y los santos milagrosos nunca se nos aparecen a la gente normal.

Los *déjà vu* se han ido difuminando en cantidad, pero no en intensidad. La semana pasada, por ejemplo, tuve uno en la parada del 6 que duró tanto rato que me pareció haber estado media mañana viendo una película en la que salía yo. No, no me veo fuera del cuerpo, pero es como si lo que vivo estuviera ocurriendo según un guion que, por algún motivo que desconozco, me cuadra. ¿*Matrix*? También puede ser una explicación. A la espera de meterme mañana en la resonancia magnética —espero no salir con telequinesia, telepatía o alguna otra mierda parecida— tengo otro superpoder derivado del colapso: el desarrollo exagerado de mi capacidad olfativa. Eso permanece. Como si estuviera embarazado, aunque no me consta semejante estado. Soy capaz de oler perfumes —es curioso, de mujeres, será cosa del instinto animal— a metros de distancia. El otro día hice la prueba, precisamente, en la parada del 6. Primero me llegó el olor, así que, como en los dibujos animados, seguí el rastro hasta el origen y acabé junto a una señora que venía a unos veinte metros. Y era ella la que emanaba, todo frescor y floritura. Delicioso. También le agradezco a mi cerebro que se empeñe en revelarme así de intensos los olores buenos, porque si ahora me da por los malos y por ver fantasmas, entonces sí que estamos apañados.

Estabilizado con el paso del tiempo en la parte mental y sin recomponerme todavía en la física —esta humedad compostelana acaba con mis huesos—, ahora los principales efectos del jamacuco se concretan en una especie de recuerdo recurrente que me viene a la cabeza un par de veces al día, pero que sólo identifico en el momento en el que se produce y olvido después. Es una sensación que todavía no sé describir. Siempre tuve claro que la cabeza de uno es una olla exprés. La mía es tremenda.

Espero que lo que me ha ocurrido, el reseteo y la reinstalación del

sistema operativo, me sirva, primero, a mí. Pero que sea un recado también para todos los que caminan directos hacia el frenopático. La vida es algo más que la carrera sin sentido en la que nos hemos instalado. ¿Estamos tontos o qué? Como decía en la tapia de aquel cementerio: «Como te ves me vi, como me ves te verás...».

Yo he decidido ahora tomar las riendas. Me va a llevar un tiempo adaptarme, porque uno no aprende a tomarse la vida con calma de un día para otro, por mucho que haya quien se empeñe en verlo facilísimo, aunque predique una cosa y haga la contraria. Ahora bien: sé perfectamente cómo he llegado hasta aquí y he identificado —empezando por mí mismo— a los responsables y a un par de sospechosos. También tengo rodeados a los que no han sabido estar a la altura de mi circunstancia, pero el rencor es una cosa particular que no me apetece compartir con nadie. A todos los demás, gracias.

Que sean muchos más los que te echan de menos que los que ni siquiera preguntan gratifica. Si alguien saca alguna enseñanza de este capítulo, entonces daré por bien invertido este mes lamentable, estos días tristes. Y si un día se me aparece la Virgen del Carmen, sólo pediré la voluntad para comprar velas.

## **6 de noviembre. El Magnetom**

Hay que reconocerle al Sergas que la puesta en escena del Magnetom es tremenda. El Magnetom —cuyo nombre me trajo a la cabeza de inmediato el Orgasmatrón de Woody Allen— es la máquina de resonancia magnética del complejo hospitalario, el aparato con el que hoy me han fotografiado la cabeza por dentro sin tener que agujereármela. Nada más llegar al área del Magnetom, un cartel amarillo advierte en la puerta: *Unerlaubtes Betreten verboten*. Que te prohíban la entrada en alemán ya es algo que impresiona, bien es cierto que, por debajo, puedes leer el aviso, en este orden, en inglés, fran-

cés y, al final, español. Los de Siemens barren para casa, normal, y la Consellería de Sanidade se deja hacer.

Voy a pasar rápido sobre el comentario de otros dos pacientes que, en la sala de espera, leían «magnetofón» en el rótulo justo antes de debatir, no sin pasión, sobre la conveniencia de legislar la pena de muerte. La gente está muy mal. Había también una chica con las uñas verdes que no hablaba, pero miraba bonito, y a mí eso siempre me tranquiliza.

Que una máquina te trague y te vomite como una ballena bulímica para leerte la sesera es una experiencia menos desagradable de lo que podría pensarse. No aconsejada para claustrofóbicos como mi padre —que sigue subiendo al sexto donde vive su hermano por las escaleras—, pero interesante. Al menos, musicalmente. Vaya por delante que la máquina del Sergas no tiene los efectos orgásmicos de la de Woody Allen —con lo faltos que andamos, en general, de orgasmos—, pero es todo un viaje amenizado por una banda sonora que mezcla *house*, *acid trance*, *tecno* y el regrueso de la cortadora de madera de mi difunto tío Antonio. Y todo eso apretadito dentro de una tubería, no con mucho más espacio que el que tuvo *Laika* en el *Sputnik II*; un sarcófago cilíndrico a otra dimensión.

—Buenas tardes. ¿Tiene marcapasos?

—Todavía no, pero vamos camino. —Estuve ágil, ¿eh?

[Sonrisa.]

—Es que con marcapasos no podría usar la máquina, este imán es muy potente. Puede cambiarse en la cabina. Quíteselo todo, póngase el pijama y deje, si quiere, los zapatos. Ni cadenas, ni relojes, ni anillos... nada metálico.

No soy de joyas, ni siquiera de bisutería, así que no tardé mucho más en cambiarme que Clark Kent en ponerse la ropa de faena. Y allí aparecí, en el recibidor del Magnetom, arrebatador, con un pijama estampado en cruces de color granate que me tiraba de la sisa y me sobraba de la barriga; me gustaría cruzar unas palabras con la persona que hace las tallas de estas mortajas.

Me acostaron sobre una camilla mecanizada y, de repente, me sentí como las empanadas de mi madre en la antesala de la metamor-

fosis. «Sobre todo, no mueva la cabeza. Cada vez que lo haga, el corte saldrá borroso», me advirtió el comandante del submarino alemán, un tipo, por cierto, muy amable y cordial que tenía, como yo, los pelos como perlas: escasos. Para asegurarse, me colocó sobre la cara una especie de máscara que me daba un interesante parecido con Hannibal Lecter en reedición especial para la Seguridad Social y unos cascos para amortiguar la matraca de la máquina. Porque el magnetismo será la hostia, pero, desde luego, es ruidoso.

Nada más entrar en el estómago del Magnetom me acordé de Manuel Fraga Iribarne, Dios lo tenga en la gloria. Por lo del marca-pasos. Allí, quieto y preparado para que buscaran posibles clústers defectuosos en mi disco duro, me dio por pensar si a don Manuel le quitaron el suyo antes de enterrarlo o si, por el contrario, el aparato sigue funcionando en la oscuridad de un nicho de Perbes como si en cualquier momento tuviera que despachar con su asistente, Chema Veloso. Perdóneme, don Manuel, ha sido un pensamiento sin querer, fruto, seguro, del achuchón; no soy yo, es mi cabeza. Pero nadie negará el interés de conocer semejante dato. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Descanse un poquito, presidente.

Los veinte minutos se me pasaron en un cuarto de hora. Con la mirada fija en una raya verde que corre longitudinal, desde la cabeza a los pies, por mis oídos fueron pasando todo tipo de compases y frecuencias, a cada cual más interesante. Y de fondo, como los roncocos de la Real Banda de Gaitas de la Deputación de Ourense tocando la banda sonora de *La guerra de las galaxias*, un zum-zum que me hacía la base perfecta para tararear una versión sideral de la «Muiñeira de Chantada». Debería escribir la partitura.

La cosa discurrió, entretenida y rítmica, hasta que el comandante me habló por los cascos y anunció mi extracción. «Será que ya estoy hecho por delante, me pondrán del otro lado», me dije.

—¿Es alérgico a alguna sustancia?

—Legal... no.

—Le vamos a inyectar un producto, un contraste para que se vea mejor el cerebro.

«La cagamos —pensé— ahora me chutan pentotal sódico, la máquina empieza a leer en mi cabeza lo que en realidad pienso de algunas personas y al salir tengo a la Guardia Civil esperando en la puerta.»

—Tiene buenas venas —me dijo una enfermera.

—Es que en pijama gano mucho.

Después volvieron a meterme en la lavadora alemana y prosiguió la sesión de fresado, concierto de Kraftwerk y Wenceslao Cabezas *Polo* tocando el pandeiro electrónico con los puños y los antebrazos. Pena de un *irrintzi* o un *aturuxo*.\* Se me hizo corto. Si pusieran la banda sonora del Magnetom en iTunes a 0,99, la partitura se vendía sola. Para las *rave parties*. Es una idea, *conselleira*, que así se saca pasta y no ahorrando en papel higiénico.

Una apoteosis final de sirenas y alarmas nucleares puso fin a la sesión, y fui literalmente regurgitado al punto de origen. Y así, magnetizado y con mechas en el cerebro, me despedí de la tripulación y me quité el traje de superhéroe. Nada más recuperar mi apariencia humana no me pude resistir a hacer una prueba: con una arandela que llevo en la cartera —es una vieja tradición heredada de mi padre— quise comprobar allí mismo si las propiedades magnéticas del aparato se me habían transferido. Pero no hubo suerte; con lo bien que me hubiera venido un dedo imantado para recuperar tornillos o para abrir cerraduras; otro superpoder a la mierda.

No sé qué tal habrán salido las fotos, eso se verá en unos días. Porque los radiólogos, a diferencia de la prensa —empeñada en adelantarlo todo al segundo, sabiendo lo reñidos que andan últimamente la inmediatez y el rigor—, no te avanzan ni una palabra de lo que haya podido salir en la pantalla, así hayan constatado que, en vez de cerebro, tienes una coliflor carnívora. A esperar, pues. Si algo me sobra ahora mismo, es tiempo. Gracias por compartir la experiencia; hoy era sólo un poco para quitarle hierro a lo de ayer, que no está en mi naturaleza habitual la tragedia.

\* «Grito», en euskera y gallego, respectivamente.

## 12 de noviembre. Inquilino de renta antigua.

### Esto es lo que hay

Continúo el relato de mis memorias sanitarias con un texto que no recomiendo a los aprensivos, la comunicación más complicada que haya tenido que hacer jamás, y que se convierte en la tercera entrega de un serial que, en teoría, debería haberse muerto en la segunda. Pero hay prórroga.

En el capítulo anterior hablé de mi experiencia en el Magnetom, el «magnetofón» de Siemens en el que me leyeron la cabeza la semana pasada a ritmo de *pandeirada* sideral. Tras el éxtasis musical, quedo pendiente del revelado de unas fotos que deberían haber dado como resultado un cerebro saneado y limpio que convulsionó a causa del estrés.

Sé que no va a servir de nada que pida de rodillas a los aprensivos que no sigan leyendo. Pero también sé —y a la parrilla televisiva me remito— que si algo les interesa a los lectores y a los telespectadores son las casas, los trasteros, las vidas y, sobre todo, las enfermedades de los demás. Hay un insano consuelo en saber que hay a quien le va peor que a ti.

Voy a ir directo al grano o, quizá, debería decir al tumor. He dicho bien. La lectura de estas memorias sanitarias es un acto voluntario, y lo que viene a continuación es la confesión de un tipo cuya cabeza, como un huevo Kinder, esconde un secreto que ahora ha dejado de serlo gracias a los ingenieros alemanes que patentaron el Magnetom: un pequeño tumor de 1,7 centímetros alojado en el lóbulo temporal derecho de mi cerebro, un inquilino de renta antigua que ahora, descubierto, se expone a un desahucio inmediato.

Es cierto que podría ser más discreto, pero desde la autoridad que me confiere tener un tumor en la cabeza, mi tumor, he decidido no serlo. Primero, porque voy camino del segundo mes de baja y es normal que crezca la curiosidad. Yo contesto de manera individualizada y mi familia también, pero prefiero comunicarlo por escrito, zanjar las dudas y aliviar la presión involuntaria a la que se ven sometidos quienes más cerca están de mí.

Respeto profundamente a quienes mantienen en secreto sus enfermedades, pero confío en que se respete de la misma manera mi decisión de desnudarme ante quien quiera contemplar mis paños menores. He comprobado que hablar de estas cosas, ser transparente, me ayuda. Y aunque sólo sea por la necesidad egoísta de liberarme que siento ahora mismo, sirva la confesión como terapia efectiva y, a la vez, barata. Si todo esto que cuento le ayuda a alguien más, perfecto. Es mi historia y es mi enfermedad; todo el mundo es bienvenido. En este viaje tengo mucho sitio libre, pero tampoco es obligatorio subirse.

En cuestión de unos días, el equipo de neurocirugía del Hospital Clínico de Santiago de Compostela se adentrará en lo más profundo de mi cabeza para desalojar al inquilino indeseable. Me imagino al comandante Cousteau bajando desde el *Calypso* a la fosa de las Marianas en busca de la pandereta perdida de la cuñada de Neptuno, toda una expedición a lo desconocido. Mi cabeza es ahora mismo una ostra de Arcade con su propia perla, un tarro con premio.

No dejo de pensar en el momento del serrado, en la precisa labor de extirpado y desecación, y en el cerrado que sellará mi cabeza con unas bonitas placas de titanio que me revalorizarán como hombre objeto. «Ten cuidado con los que andan robando cobre, el titanio también se cotiza», bromeaba ayer por teléfono mi compañero Carlos López, la mitad de mis dibujantes favoritos, Pinto & Chinto. Espero, doctor, que no le sobren piezas como me sobraban a mí cuando desmontaba las muñecas de mi hermana. Acababa tirándolas a la basura para ocultar mi acción, aunque no siempre con éxito, pero a usted no sé si le va a colar; numérelas.

Las bromas me hacen bien. Mis amigos los fotógrafos —tengo el privilegio de que mis mejores amigos sean algunos de los mejores fotoperiodistas de este país— me han organizado una churrascada homenaje para mañana y, a mayores de los criollos y las mollejas, han encargado un par de raciones de sesos. ¡Menudos hijos de puta! Son grandes fotógrafos y grandes cachondos. Y yo les he contestado: «¡Lo *cerebro!*!». El humor está resultando ser un tranquilizante barato y sin efectos secundarios para el temor que provoca el tumor.



Como toda operación, el aserrado al que me voy a someter tiene sus riesgos; podría tener problemas con la memoria inmediata, problemas en el área del lenguaje... Pero he decidido que esas posibilidades indeseables no me van a tumbar antes de tiempo.

Podría contar cómo dediqué la jornada de ayer, 11 de noviembre, a tranquilizar a las decenas de personas que se han puesto en contacto conmigo para enviarme su solidaridad por todos los medios posibles: por teléfono, por WhatsApp, por *mail*, en directo... Se supone que es al revés, que el tranquilizado tengo que ser yo, pero comprendo que hay palabras malditas que asustan, ya sea aplicadas a uno mismo o a los que quieres. *Tumor* es una de ellas. Gráficamente son mucho más feas *chorizo* o *calzoncillo*, como decía Torrente Ballester, pero la carga semántica de *tumor* gana.

Quién me iba a decir que, al final, el estrés y el colapso, que lo aceleraron todo, han servido para desenmascarar algo peor, qué ironía. En el mal estaba el remedio. Soy realista. Que me lo tome con humor no quiere decir que sea un inconsciente. Sé perfectamente lo que hay; entiendo los riesgos, la situación... pero también tengo claro que hay cosas mucho peores. La parte sobrenatural la cubre la tía Marisol, que sé que reza por mí en Vitoria aunque no me lo merezca. Gracias, Sole, pero apunta, por favor, al santo correcto.

No parece que la perla oculte, a su vez, algún secreto peor, pero hay que ser prudentes y, de momento, desalojar a Casiano. He bautizado a mi tumor como a un inquilino de renta antigua que le amargó la vida a mi familia durante años. Ponerle cara y boina al enemigo me reconforta.

## **20 de noviembre. El valiente acojonado**

Si un encuestador me preguntara: «Diga las tres veces en que más se ha acojonado en su vida» —pregunta improbable, pero no imposible, en un cuestionario—, diría, sin pensar demasiado: 1) aquella vez

que *La Voz de Galicia* me mandó al Senado a entrevistar a Fraga; 2) el día del año 2001 que decidí enviarle un rudimentario SMS a una chica que me gustaba invitándola así, a las bravas, a pasar un fin de semana en Oporto; y 3) este momento sanitario en el que vivo secuestrado. El orden de los factores no altera el producto. Porque cada acojone fue proporcional a su momento y a sus circunstancias. Y todos me hicieron sentir en la garganta la agobiante sensación de haberme anudado una corbata hecha con los escrotos del padre de *Dumbo*.

Las dos primeras situaciones de pánico acabaron bien. «¿Tiene usted mi último libro? ¡Ahora mismo se lo traen! ¡Helena, tráigale un ejemplar de *Final en Fisterra*\* a este amigo. Y ¡ahora mismo se lo firmo, con todo el cariño!» Que Manuel Fraga Iribarne me llamara amigo después de entrevistarle en su despacho de senador —el maestro Benito Ordóñez estaba, impecable, a las fotos— ya da una idea de que tuvimos un final feliz, incluido el abrazo. Si nos dejan un rato más acabamos bailando agarrado. Y no es que yo no le apretara las tuercas al viejo, pero digamos que tuve la mano izquierda suficiente —soy zurdo— como para no lanzarle un dardo envenenado gratuito que supondría, de manera automática, la expulsión del terreno de juego y el consecuente bochorno. Yo creo que para preguntar bien no necesariamente hace falta perder el norte, ni siquiera con los que acostumbraban a perderlo con los demás.

Del segundo miedo sobrenatural no voy a dar más detalles que un dato: la chica del SMS es la madre de mis hijos, y media Galicia —al parecer, todos menos yo— se levanta con ella a través de las ondas de la Cadena SER. Menudas horas.

Así que, con semejantes antecedentes, querido Murphy, autor de esa ley no escrita que dice que todo lo que puede salir mal saldrá mal, ¿qué podría salir mal esta vez? No jodas, que yo sobreviví a Fraga y a lo de Oporto; un tumor en el cerebro me parece una minucia.

\* Libro de memorias de Manuel Fraga Iribarne. *Final en Fisterra*, Santiago de Compostela, Alvarellos Editora, 2006.

Los preparativos para la craneotomía pterional ya están hechos: un análisis de sangre digno de un titán; una placa de tórax en la que transparente en negativo, arrebatador; un electrocardiograma en que, como siempre, aparece una extrasístole que provoca que los médicos residentes hagan corrillo; y una consulta con la anestesista que me hizo firmar cosas terribles que es mejor no saber y que midió, a ojo de buen cubero, el calibre de mi garganta; lo hacen siempre, para meterte a traición una cañería formidable que es el desagüe entre este mundo y el otro. Sólo queda que fijen la fecha y que me pongan el pijama de luces, que vestiré con la máxima dignidad incluso aunque se me salga un huevo ante las visitas. Eso ocurre, doy fe. ¡Mirad para otro lado, coño!

Durante estos días he recibido cientos de palabras de ánimo que, no lo niego, me ayudan a tirar *palante*. Sois tantos que, como decía Celia Cruz, no hay cama *pa* tanta gente, pero haré lo posible para que entréis todos, apretaditos. Si tocáis algo raro no soy yo, es el pijama, que lo carga la Consellería de Sanidade.

Muchos habéis loadado mi supuesta valentía por hacer públicas estas cosas. Yo no sé dónde empieza la valentía y dónde acaba el exhibicionismo, es verdad, pero reconozco que no es demasiado habitual bajarse los pantalones ante la afición, conocida y desconocida, para mostrar las interioridades de uno sin reparos. Pero también diré que, si he sido valiente, estos últimos días soy un valiente acojonado. Entre el lunes y el martes he llorado por las calles de Santiago lo que no está en los escritos. No es difícil verme: soy el tipo de la gorra que camina sin rumbo enganchado a unos auriculares con canciones de Doctor Deseo o de Izal, lo mismo que de Malvela, Abba, Camarón, Chambao, Manel o Antònia Font. Vale, y «Te regalo» de Carlos Baute, lo confieso. El que está pensando en que el tumor es fruto, precisamente, de semejantes listas de reproducción, lo mismo tiene razón, pero la neuróloga no lo contempla. «Pareces un alma en pena por la calle», me dijo el otro día uno que tiene el humor en el culo (no falta gente que hace de vientre convencida de que hace chistes). ¿Es mejor que me quede en casa?